

*La cultura de la dehesa.* En Salvador Rodríguez Becerra (coordinador) **Proyecto Andalucía. Antropología, Tomo XI.** Publicaciones Comunitarias. Sevilla. pp. 209-246. 2005.

Rufino Acosta Naranjo.

## **DEHESA Y DEHESAS**

La dehesa es un paisaje específico del suroeste ibérico, una elaboración cultural a partir del bosque mediterráneo autóctono que ensambla una serie de usos productivos en un agroecosistema que supera sabiamente las adversas condiciones de suelo y clima. La palabra dehesa deriva de “deffesa”, con su origen en “defensus“, refiriéndose a la defensa, al acotamiento de un terreno guardado para pastos, de lo que tenemos constancia ya en la Alta Edad Media, hace unos mil años, y referido con ese término (San Miguel, 1994:1; Parra, 1988:19). Dehesa tendría dos acepciones, la etimológica y de uso múltiple. La primera remite al lugar próximo a los pueblos y en el que se acotaban y protegía del pastoreo libre para que pudieran descansar y pacer los animales de labor de los vecinos. En este sentido, en muchos pueblos de España aun existen dehesas boyales, motivado el nombre por la importancia que los bueyes tenían antaño como animales de labor. La segunda acepción, la de uso múltiple, refiere a un sistema agrosilvopastoril, con una orientación eminentemente ganadera, a la que contribuyen los estratos forestal y, si lo hay, agrícola (San Miguel, 1994:1). Algunos autores sostienen que lo que caracteriza a la dehesa no son los árboles sino los pastos. Aunque, además, existan dehesas de diverso tipo de árboles, por ejemplo de pinos o acebuches, nosotros al hablar de dehesa nos referiremos siempre a la de encinas, alcornos quejigos, o robles, pues son las que de manera generalizada se conocen y reconocen como dehesas propiamente. (foto 1)

En la conformación de este agroecosistema tuvo un papel primordial la existencia de la trashumancia, un sistema itinerante de ganadería ovina que alternaba el aprovechamiento invernal de estas zonas meridionales de España con el de las praderas de las tierras altas de Castilla. Su importancia y la de la Mesta, organización que velaba por los derechos y privilegios de los ganaderos evitaron, al entender de algunos, que grandes extensiones del suroeste ibérico fueran deforestadas y roturadas ( Parra,1988:19 San Miguel, 1994:1). La presión demográfica, el aumento de las superficies destinadas a la agricultura y algunos hechos como la Desamortización fueron causas que incidieron

en el retroceso de los bosques españoles en los siglos XIX y XX. La dehesa no permaneció ajena al fenómeno pero, durante la época de la agricultura tradicional, consiguió mantenerse más o menos estable. Fue la crisis de la agricultura tradicional, traída por el proceso de la llamada modernización de la agricultura a partir de los años cincuenta y sesenta de la pasada centuria, la que dio al traste con el modelo de dehesa de antaño.

A pesar de todo lo que acabo de decir, además de Andalucía, el área de dehesa se extiende hoy en día fundamentalmente por las provincias de Cáceres, Badajoz, Córdoba, Ciudad Real, Toledo, Avila, Salamanca y Zamora. En total se calcula en 5,8 millones de hectáreas las que ocupa en el oeste y suroeste español, a las que hay que añadir las grandes extensiones portuguesas. En Andalucía se calcula su extensión en 780.000 hectáreas, la inmensa mayoría de ellas en Sierra Morena y las sierras de Cádiz. Algunas dehesas hallamos también en las subbéticas y en campiña. De manera genérica se localizan desde el nivel del mar hasta los 1.000 de altitud, con unas precipitaciones entre los 400 y los 800 mm., sobre todo en suelos de pizarras y granitos, de escaso desarrollo y ácidos, aunque se den algunas dehesas en terrenos calizos de las subbéticas, pedregosos y de mucha pendiente (Consejería de Medio Ambiente, 2002)

En Andalucía, las dehesas tienen por tanto su máximo exponente en las sierras de Huelva, Sevilla y Córdoba. La provincia de Cádiz presenta una alta singularidad, encontrando allí dehesas tanto de quercíneas como de acebuches (Foto 2), tanto con fincas de alcornocal en sierras que se aproximan más al bosque mediterráneo, como de quercíneas diversas en tierras muy llanas, tanto en suelos ácidos como calizos, y en las que su principal vocación suele ser el vacuno. En el Andévalo, la dehesa es menos nítida y se saltea con tierras de matorrales, pastizal desarbolado, o plantaciones de eucalipto. En la Sierra de Huelva, la más fresca por ser las primeras elevaciones de esta cordillera que se ofrecen a los aires atlánticos y por lo frecuente de formaciones calizas que brindan aguas, la encontramos compartiendo terreno con castañares, robledales y huertas de nombradía en otros tiempos. También se entrecruza sobre todo con robles y quejigos el encinar y alcornocal en la Sierra Norte de Sevilla, aunque con menos profusión de estos árboles más querenciosos de la humedad a medida que nos acercamos a la sierra cordobesa, hasta llegar a las menores extensiones jiennenses. En Los Pedroches se modera el relieve, en una penillanura que busca dar sus aguas al Guadiana. Aunque en otras provincias encontramos algunas dehesas, éstas son menos y con perfil más desdibujado.

Pero, ¿qué es por tanto la dehesa?. Pues bien, como resultado del aclarado del bosque mediterráneo original la dehesa es un paisaje sabaniforme o de tipo parque, un estrato de árboles formado por especies de la familia de las quercíneas, como encinas, alcornoques, quejigos o robles, sobre un estrato herbáceo. Para conseguir tal conformación se precisó eliminar pies de árboles y matorral, con el objetivo de permitir el desarrollo de una pradera que brinde sus pastos al ganado. El grado de aclarado y por tanto de cobertura de espacio por los árboles depende de factores diversos, como por ejemplo la calidad de los suelos, la pendiente o el interés agrícola y la selección de ejemplares que se desarrollarán como árboles se guiará por la calidad de las bellotas, la forma o la producción frutera. Se trata por tanto de una selección genética de enorme trascendencia y siguiendo criterios locales de gran profundidad temporal. Como decimos, la eliminación del matorral, la más clara competencia para las yerbas será algo primordial. Ahora bien, hoy en día está bastante en discusión la definición de la dehesa como espacio sin matorral. Históricamente incluso, este modelo canónico no se daba en la realidad de muchas fincas, que cada cierto tiempo y en algunas partes, se veían pobladas de arbustos mediterráneos aunque, bien es verdad, periódicamente el matorral era arrancado. El problema se agudiza con la crisis de la agricultura tradicional, el abandono de ciertas labores y la matorralización creciente, de tal manera que muchas de las que se consideran dehesas tienen bastante de matorral. Queda entonces también en entredicho la diferenciación entre dehesa y bosque mediterráneo. Se trataría, por tanto, de entrar en una más profunda disquisición conceptual y, sobre todo, de elaborar una tipología de dehesas dependiendo de diferentes variables e indicadores, uno de los cuales sería la presencia y desarrollo del matorral. En cualquier caso no sería éste el lugar indicado para todo ello y para nuestros propósitos nos quedamos con la definición con la que principia este párrafo.

La dehesa ha sido históricamente una solución de compromiso entre producción y conservación, una inteligente forma de articular diferentes recursos y usos para conseguir una producción discreta pero sostenida de una serie de materias primas en un medio con grandes limitaciones productivas. Más que una gran cantidad de un determinado producto, la dehesa ha producido modestas cantidades de bienes muy diversos, en un contexto de suelos pobres, poca producción de biomasa herbácea y en un clima de fortísima estacionalidad, con periodos bastante críticos para plantas y animales. Se trata de un sistema de uso múltiple del territorio que combina, articula y crea servicios mutuos, complementariedades y sinergias entre agricultura, ganadería y

manejos forestales y que hoy en día brinda otros servicios cada día más preciados como los ambientales, de ocio y estéticos. Ahora bien, también la dehesa ha tenido connotaciones sombrías, de latifundismo, desigualdad y predación social que aunque en gran parte se hayan amortiguado no han desaparecido del todo.

En los tiempos que corren notamos una acusada tendencia hacia la naturalización de los campos, al énfasis en la dimensión de naturaleza, a veces presentada como salvaje, de algunos agroecosistemas, sobre todo los que tienen un importante componente forestal. Por otra parte, uno de los debates más interesantes y actuales en Antropología ecológica es aquel que refiere a la existencia o no con carácter universal de la dicotomía entre naturaleza y cultura. Esta discusión termina saldándose con el convencimiento de que tal cesura conceptual no es un universal cultural ni mucho menos, sino algo propio de determinadas culturas, entre otras la nuestra. Es en este contexto en el que insistimos en la dimensión de cultura que la dehesa tiene, en su condición de elaboración, de arquitectura agronómica fruto de años de interacción con su entorno por parte de los pueblos del suroeste ibérico, que leyendo los signos del medio físico, manipulándolo para satisfacer sus necesidades, aprendieron a conocerlo, a conformarse a él y a conformarlo a ellos. El resultado de ese lento proceso creativo es el paisaje de dehesa, la peculiar configuración de espacios, de estratos y elementos, la mosaicidad del territorio, la particular figura de los árboles, el tipo de poblamiento, la arquitectura de habitación o de manejo del ganado, la estética en fin, a la que se apodera para que vele por el correcto hacer de los trabajos en el campo. Es a través de un corpus de conocimientos, de unas herramientas intelectuales perfeccionadas que se consigue crear este sistema, mental y materialmente, y gobernarlo. Si el concepto cultura de la dehesa refiriese a algo, sin duda sería a todo esto que decimos.

Pero vayamos a las raíces de necesidad que dieron lugar a la virtud ecológica. En primer lugar hay que hablar de las limitaciones de suelo y clima que caracterizan a las zonas donde la dehesa se asienta. En efecto, este agroecosistema se localiza por lo común en zonas de suelo con escaso desarrollo, poca capacidad de retención de agua, pobres en materia orgánica, ácidos las más de las veces, aunque en Andalucía encontramos los mejores ejemplos de dehesas calizas. En cuanto al relieve, es como hemos dicho en las tierras serranas por donde más se extienden las dehesas, a veces sobre laderas relativamente pronunciadas. En cuanto al clima, estamos ante tierras severas, con gran oscilación térmica y escasas precipitaciones, y marcadas por una estación estival de gran evapotranspiración y sequedad, lo que constituye, junto con

periodo de heladas entre noviembre y abril, un riguroso limitante para el desarrollo de las plantas. Las dehesas de Cádiz, una vez más, son las que matizan en algo este cuadro general.

Ahora bien, el área de dehesa no se ha limitado históricamente a estos lugares sino que, en la lógica de mosaicidad y diversidad de la agricultura tradicional, históricamente encontramos espacios adehesados, poblados de quercíneas, sobre todo encinas, en lugares muy diversos de Andalucía, en tierras llanas y campiñas, como lugares donde pacer el ganado de renta pero también el de labor. Hoy encontramos dehesas, por ejemplo en el Aljarafe sevillano o el contiguo Condado onubense, por citar algunas, aunque hoy sean meras reliquias en un contexto fuertemente agrícola y ellas mismas respondan más a un sistema de manejo propiamente agrícola con la presencia de algunos árboles. En Cádiz, en la zona de la Janda por ejemplo, tenemos magníficos ejemplares de dehesas relativamente llanas junto a zonas de regadío.

Pero en general, ante adversas condiciones del entorno, es la modulación, el manejo, la manipulación de la especies vegetales autóctonas la base del sistema de dehesa. En efecto, la vegetación climática de las áreas de dehesa es el bosque mediterráneo, del cual se seleccionarán los árboles más interesantes y apropiados a cada lugar, eliminando el matorral y dejando proliferar las herbáceas silvestres de las que se alimentarán los rebaños. Periódicamente se sembrarían gramíneas y leguminosas diversas para consumo humano y animal. Se crean así estos bosques aclarados y fuertemente antropizados en los que prevalece una sola o varias quercíneas. La escasa aptitud agrícola de los suelos es la que hace que los cultivos se espacien en el tiempo, y sean extensivos y de secano, en ciclos por lo general de cinco años y acompasados con el pastoreo y con la poda de los árboles. Todo ello, claro está, en el modelo tradicional de este agroecosistema, para describir el cual tomaremos como referente los años cincuenta, justo antes de producirse la gran transformación del agroecosistema y el fin de la agricultura tradicional en España.

## **EL MODELO TRADICIONAL**

### **Los usos forestales**

Como dijimos, la dehesa la componen formaciones mixtas o monoespecíficas de quercíneas. Lo más corriente son las dehesas de encinas. Los alcornoques también pueden aparecer conformando dehesas en solitario, aunque muy frecuentemente los encontramos

dispersos entre encinares. Menos frecuentes son las dehesas de robles e inexistentes aquellas en que sólo tenemos quejigos, pues estos aparecen mezclados con otras quercíneas, como pies aislados. Lo predominante es la encina, árbol de gran amplitud ecológica, que se adapta a las características térmicas y edáficas de todas las zonas de dehesa andaluzas. Sus bellotas y leña son las de mejor calidad. El alcornoque es más exigente, ya que requiere algo más de humedad y no tolera los suelos calizos. Aunque ofrece dos camadas, sus bellotas son de menor calidad, así como su madera, que tiene menor poder calorífico y, debido al corcho, es más problemática para ser consumida como leña o convertida en carbón o picón. Su gran activo es la producción de corcho (Foto 3). Por su parte, quejigo y roble rebollo o melojo representan la arboleda más propia de la España húmeda y se da en los lugares de un nivel de precipitaciones por encima de los 800 mm. Las bellotas de roble y quejigo son de menor calidad que la de los otros árboles pero, en el caso del roble, es árbol maderable de gran interés, además de su interés para leña, carbón y picón. El quejigo tiene gran interés ecológico debido sobre todo a que existe un ecotipo, el quejigo andaluz (Foto 4).

Salvo en el caso del alcornoque, en algunas ocasiones la renovación de la arboleda se ha conseguido históricamente mediante la técnica del resalveo, es decir, respetando siempre en el desmonte o roturación algunos renuevos a los que se iría dando forma a lo largo de los años. Una carga ganadera relativamente pequeña y la custodia de los ganaderos impedían que el ganado destrozara los resalvos.

La poda del arbolado, llamada tala en algunos lugares, se realizaba cada cinco o seis años, coincidiendo con la roturación de cada hoja de siembra, es decir, el invierno del año en que se iba a cultivar, se podaban los árboles de esa hoja. Los objetivos de esta labor cultural eran varios: aumentar la producción de bellota, permitir que llegara más luz a los cultivos, dar alimento al ganado y proveer de leña, cisco y carbón. Era también la ocasión de realizar las podas de formación y la entresaca, o eliminación de los árboles viejos o que estorbasen. En épocas de escasez, se podía caer ramón para el ganado en fechas muy dispares. En las grandes fincas eran cuadrillas de podadores o *talaores*, de hasta veinte y más hombres las encargadas de la tarea de poda. Es precisamente el conocimiento sobre qué ramas dejar y cómo formar el árbol el aspecto fundamental de la tala, aunque los estilos de poda varíen algo según los pueblos.

Con la leña de la poda, además de satisfacer las necesidades de leña de las fincas, se hacía carbón y cisco, también llamado picón. Los carboneros se encargaban de retazar las ramas, caer las encinas que se debían entresacar y hacer el carbón. Una vez separada la

leña para carbón del resto, las *taramas*, *hornijas* o leña más menuda, ésta última se vendía o daba a gentes de los pueblos, jornaleros normalmente para hacer picón o como combustible. La elaboración de cisco y carbón era importante pues se trataba, tras la leña, del principal combustible de las casas, como medio de calefacción y para cocinar. Especialmente singular era el conocimiento que los carboneros tenían del mundo del fuego, de la cocción de la leña en las hornos, carboneras o boliches, y desarrollaban un especial arte en la colocación de la leña y construcción de la carbonera.

Una parte de la bellota se cosechaba y con ella se terminaba de engordar a los cochinos. Ello permitía recoger este fruto en los sembrados o en zonas más dificultosas para el ganado, hacía que éste lo aprovecharse mejor y, en menor medida, evitaba los robos de bellotas, práctica bastante generalizada entre las clases más desfavorecidas y que contaba con cierta comprensión entre las comunidades locales. La cogida la hacían cuadrillas de mujeres a jornal o grupos de jornaleros y jornaleras a una cantidad determinada por cada saco. Para su conservación hasta el momento en que se echasen a los cochinos se las extendía en el suelo junto al cortijo o, cual era el caso de algunos lugares de la Sierra de Sevilla, se deshidrataba haciendo subir hacia las bellotas, extendidas en un techado de tablas, el humo de hogueras que se hacían bajo él. Estas instalaciones reciben el nombre de zarzos, y el proceso el de enzarzado.

El otro gran recurso forestal era el corcho, que se extraía en casi todos los lugares cada nueve años, entre los meses de junio y agosto, tarea que dio lugar a existencia de grandes especialistas. Así, los *corcheros*, *sacaos*, *descorchaos* o *pelaos*, por colleras, eran los encargados de extraer del árbol las placas de corcho, para lo cual habían de contar con una gran precisión en el manejo del hacha, de tal forma que ésta no hiriese en tronco del árbol al penetrar en la capa de corcho sobre la que iban trazando una línea recta para luego introducir en ella el cabo del hacha o un palo aguzado con que desprender el producto (Foto 5). Los *rajaos* iban tras los sacaos cortando el corcho en placas más pequeñas y rectas, aunque en algunos casos se rajaba no en el tajo, sino en la pila, corral o patio donde se almacenaba el corcho. Los *juntaos* o *recogeos* llevaban el corcho desde los alcornoques, en muchos casos ubicados en sierras, en lugares de pendiente, hasta la pila donde se amontonaba. Los *esporteros* se ocupaban en coger los trozos más pequeños de corcho y de arrancar las zapatas, los pedazos que quedaban adheridos al tronco en la base del árbol. *Aguaor* y *ranchero*, encargados del agua y de la preparación de la comida completaban las cuadrillas, que en ocasiones se desplazaban bien lejos de sus pueblos, a

comarcas a veces distantes. Durante el tiempo del corcho, solían dormir todos estos trabajadores en campamentos al aire libre o en los cortijos (Coca, 2001)

Por lo que respecta al matorral, no debería forma del ciclo productivo de las fincas. Las explotaciones campesinas estaban limpias de monte y en el resto sería significativo en las de mayor pendiente, y todo ello debido al laboreo continuo y al ganado. Pero en una gran cantidad de fincas de las áreas más montuosas históricamente se dio un manejo del matorral mediterráneo mediante su arranque y/o quema. Esto se hacía sobre todo mediante la cesión a *pejualeros*, *piojaleros*, *yunteros* o *colonos*, según cada denominación local, que podían cultivar allí sin pagar renta alguna a cambio precisamente de dejar el pedazo limpio de monte (Talego, 1996; Quintero, 2001). Entiéndase bien que este tipo de trabajadores no sólo laboreaba en las zonas más montuosas, sino en fincas de todo tipo. En otras ocasiones se dejaba que los jornaleros lo arrancasen. En fincas donde, aun sin formar un sotobosque, había bastante monte, lo que se hacía era poner una renta más baja de la normal a los colonos que, para sembrar, debían antes quitar las matas. Dependiendo del tipo de matorral, de la densidad y el desarrollo, se cortaba con un *calabozo* (pieza metálica con cuchilla curva y mango de madera o metal), se arrancaba con azadón o sencillamente lo descuajaba el arado. El destino de las matas arrancadas era diverso, podían venderse a los hornos de pan, tejas o cal, podía darse a jornaleros que las pidiesen o sencillamente se quemaban en *rodeás*, sobre cuyas cenizas crecerían mejor los cultivos.

El monte ofrecía escobas, bardas para proteger las tapias, aulagas con que encender el fuego o chamuscar los cochinos en la matanza, y jara para calentar los hornos. Espárragos, berros, tagarninas, romanzas, collejas, palmito, y setas y hongos diversos, como los tentullos, tanas, gurumelos, etc., eran especies silvestres que recogían las jornaleras y jornaleros y se convertían en el alimento más socorrido las muchas veces que el hambre visitaba las casas de los más necesitados. Se conocían muchas plantas y se hacía uso de bastantes de ellas con fines medicinales, tanto para las personas como para animales.

En cuanto a la caza, abundaba en la dehesa tradicional gran cantidad de especies de caza menor, de las cuales las más cazadas eran sobre todo los conejos, liebres, perdices, palomas y tórtolas. No existía demasiada caza mayor, por el referido control del matorral, aunque las dehesas más fragosas de Sierra Morena eran las que albergaban, tras Doñana, las grandes monterías andaluzas. La caza era por aquel entonces casi un bien libre. No existía casi ningún coto de caza, aunque en alguna finca el propietario se valiera de diversos medios para reservarse el derecho casi exclusivo a su disfrute. Por ejemplo, podía

escudarse en la carencia de documentación de los cazadores, que era absoluta, para denunciarlos o amenazarlos con ello. En torno a la caza surgieron especialistas, que solían ser casi siempre jornaleros que cuando no tenían trabajo se echaban al monte para vender lo que cazaran. También era un recurso puntual para otros jornaleros y empleados de las fincas, pero el número de escopetas era muy bajo. Las piezas se vendían a gente pudiente de los pueblos o a recoveros que las llevaban a pueblos más grandes o a las ciudades. La caza era también un deporte de las clases altas.

### **Los cultivos**

Las labores agrícolas eran un aspecto fundamental de la dehesa tradicional y de manera eventual o fija ocupan a una serie de personas con muy diversas. En las fincas pequeñas era básicamente la mano de obra familiar la que se ocupaba de la sementera, pero siempre se empleaba a algunos eventuales para la recogida del grano. Hay que significar, además, que muchos campesinos eran también colonos, aparceros de fincas grandes. En la mayoría de estas fincas existía una mano de obra fija dedicada exclusivamente a la labor, el *aperaor* y los mozos de mulas, y una mano de obra eventual para faenas de arado y escarda y sobre todo de siega, *segaores* para el cereal y *arrancaoras* para algunas clases de leguminosas, que podían trabajar a jornal o a destajo. El fin del proceso era la trilla y limpia del grano en la era, ayudándose casi exclusivamente de la fuerza de las bestias y el viento. La tierra para los melonares se daba a cambio de una renta baja ya que el continuo laboreo que suponían beneficiaba mucho al barbecho. De singular importancia era el estrato de los colonos, yunteros, *piojaleros* o *pegujaleros*, labradores sin tierra que disponían de bestias y aperos propios y que conseguían en las grandes fincas tierra para sembrar a cambio de una renta, de una parte del producto (Talego, 1996; Acosta, 2002).

Los cortijos han sido, y también en la dehesa, grandes centros de la organización del espacio, de la economía y del poder en el medio rural andaluz. Sus muy diferenciadas estancias, de habitación y productivas, los constituían en importantes obras desde el punto de vista arquitectónico. Además de encargados, caseros y guardas que vivían en dependencias anexas, otros trabajadores vivían en ellos o en torno a ellos, como cabreros o vaqueros, además de los mozos de labor o *aperaores*, y en sus tribunas, grandes estancias corridas, con un poyo adosado a la pared y una gran chimenea central, se alojaban los trabajadores eventuales cuando eran contratados por temporadas. En algunos casos, como por ejemplo el de El Real de la Jara del que nos habla Hernández,

existían también casillas de colonos, pequeñas edificaciones cubiertas a dos aguas, en lugares excéntricos de las fincas, donde se alojaban estos aparceros (Hernández, 1998 y 1999).

El ciclo ideal de rotación de los cultivos era de cinco años y, como la mayoría de los procesos de trabajo en la dehesa, cumplía diversas funciones: obtención de grano y paja, mejora de pastos, control del matorral y beneficio de la arboleda. La finca se dividía en hojas que cada año iban cambiando de uso cada año. El primero se sembraba de trigo y/o cebada, el segundo de avena, altramuces, *chícharros*, algarrobas o habas. Algunos barbechos en tierras buenas y llanas podían ser a veces semillados, de garbanzos o melones. Los otros tres años la tierra descansaba y sus pastos eran aprovechados por el ganado. En la hoja de terreno que se iba a sembrar, el año anterior se había ido asentando cada noche la red de las ovejas, para estercar. En invierno se roturaba la hoja, que permanecía en barbecho hasta el otoño, en que se sembraba. Los abonos químicos ya eran conocidos en los años cincuenta en la dehesa y su uso se iba generalizando pero el fertilizador del suelo seguía siendo el ganado, sobre todo la oveja a través del majadaleo. Las leguminosas del segundo año contribuían también en algo fijando nitrógeno. El estiércol de las cuadras y corrales se usaba más bien en las huertas o huertos que existían en todas las fincas, aunque algunos campesinos y colonos podían extenderlo también en los barbechos. La diversidad que suponía esta panoplia de especies cultivadas y alternantes era aun mayor si tomamos en cuenta el hecho de que existían distintas variedades locales de cada una de ellas.

El principal elemento tecnológico del proceso de cultivo era el arado de vertedera móvil tirado por bestias. La siega se hacía con hoces y más raramente con guadañas para algunas leguminosas, como las algarrobas. Como novedad tecnológica habría que resaltar la presencia de trilladoras que fueron apareciendo en algunas fincas.

### **El porcino**

El cochino es el animal emblemático de la dehesa y estaba presente en todas las fincas. El cerdo es en principio un animal más bien de clima húmedos, como los bosques de frondosas centroeuropeos, donde puede encontrar toda suerte de frutos y raíces y no arrostrar con la dureza de un clima cálido y seco como el mediterráneo, donde tiene problemas de regulación térmica por la falta de transpiración que le depara su gran capa de grasa. Por ello, por la falta de bosques y por su carácter omnívoro fue

proscrito de la cultura judía y musulmana. Ahora bien, en el sur de la península cuenta con importantes pronunciamientos a su favor, que no son otros que estos bosques de quercíneas donde dispone de un alimento que sabe como nadie aprovechar, la bellota. Las limitaciones climáticas y de alimentación, sobre todo el no comer pasto seco, que el medio impone, fueron salvadas por las culturas autóctonas mediante mecanismos de creación de diversidad para buscar la complementariedad entre usos y recursos. Así, la bellota y la yerba verde se complementa con la aportación de los cultivos de la dehesa para salvar el apurado trance del verano, y algunas raíces y pequeños granos silvestres también ayudan a ello. También era importante la selección de los animales y, así, el cochino ibérico, una agrupación racial con gran cantidad de estirpes, de variantes locales, era el que abrumadoramente predominaba hasta los años sesenta (Foto 6). Las crías se hacían a finales de invierno y finales de verano. Así pues, el periodo de estancia de los cerdos en las fincas era de quince meses a dos años.

En cuanto a las instalaciones precisas para el cerdo, tradicionalmente las criaderas eran una especie de chozas, con paredes de tapia o piedra sobre las cuales iba una estructura de palancas y monte. El interior estaba dividido en varios compartimentos, generalmente de monte también, para que criase cada cochina. Pero junto a estas construcciones ya estaban generalizadas instalaciones totalmente de mampostería, con chiqueras y corralillos para los lechones. Las tipologías son diversas, siendo uno de los tipos la construcción rectangular, de piedra y cal o cemento, suelo de baldosas, cubierta por una bóveda o por tejado de maderos, tablas y tejas, con un pasillo central y, a sus lados, sendas hileras de hasta veinticinco apartadizos o chiqueras de aproximadamente un metro cuadrado o metro y medio. Estos compartimentos tenían una puerta hacia el pasillo central y, en el lado opuesto, una pequeña abertura rectangular que daba al exterior, en donde había un corralillo de las mismas dimensiones o algo más pequeño que la chiquera de dentro. Una de las variantes de este modelo eran las cochineras con una sola hilera de chiqueras y corralillos. Algunas majadas no tenían corralillos y eran una nave grande, en ocasiones techada con madera y tejas, con chiqueras que a veces podían estar formadas por tablas. Hernández señala dos tipos de cochinera, una de una sola hilera y otra en U (Hernández, 1999).

En las grandes fincas existía una serie de ganaderos especializados en cada una de las fases de cría y engorde de los cochinos. De hacer la cría se encargaba el mayoral de cochinas y su zagal. Tras el destete, los marranos se encomendaban a los porquero o zagales y en la montanera, hacia octubre o noviembre, los cochinos se dividían en *varas* de

unos 30-40, custodiados por uno o dos hombres, los *gorderos*, que les hacían aprovechar la bellota cayéndosela del árbol. En las dehesas donde había diversidad de árboles, la montanera era más prolongada pues si la bellota de los quejigos y robles empezaba a estar disponible hacia septiembre y octubre, noviembre era el momento de comienzo de la gran producción de las encinas, y los alcornocales daban una segunda camada hacia enero.

Todo el proceso de manejo del cochino daba lugar a que en distintos puntos de la finca existieran majadas o zahurdones donde se recogían los cochinos y al lado de los cuales, en casillas o chozas, vivieran los mayorales y porqueros (Hernández, 1998 y 1999). También podían existir, sobre todo en fincas grandes, algunos corrales para encerrarlos en ocasiones en que fuera necesario. En las fincas pequeñas no podía hacerse una distribución en piaras de ese tipo y los cochinos a veces se agregaban a otros de la vecindad o se tenían más tiempo encerrados. Lo más frecuente era que los miembros del grupo doméstico los custodiaran cuando les era posible o se tuviera a algún muchacho o niño con ellos.

El cerdo, además de consumir en las casas todos los desperdicios y se un animal tremendamente apto para el auto constituía, junto con las aves, la base proteínica de la alimentación de los pueblos y en la dehesa solían matarse cochinos en dos momentos, hacia noviembre el llamado de verdeo, cochino de poco peso pero que podía ir satisfaciendo las necesidades de carne, y hacia diciembre y enero el de la matanza propiamente, que constituía un momento importante en la economía pero también en el ritual y en las relaciones de sociabilidad de los grupos. Una vez sacado provecho de la bellota y engordado, se aprovechaba también el frío del momento como un recurso para la elaboración de chacinas que ir consumiendo a lo largo del año. El lechón apenas era consumido en verano en ocasiones rituales, cual es el caso de las fiestas de los pueblos, sobre todo de los más próximos a Extremadura, donde era el *guarrito frito* era el plato emblemático de las fiestas.

### **El ovino**

La merina era la raza de oveja predominante. Aun siendo pequeña y de no demasiada aptitud cárnica, producía buena lana y estaba muy bien adaptada a las condiciones del clima y el terreno, ligera para los cerros y dura para los fríos, era poco exigente en comida y se adaptaba recursos que la dehesa ofrecía. El ganado ovino era importante en la dehesa por varias razones, pero fundamentalmente por su adaptación a pastos cortos y agostantes y por el papel que desempeñaba en la fertilización del suelo. Además de los pastizales aprovechaba el ramón de los árboles, los rastrojos y la paja, aparte del grano de los cultivos cuando era necesario. Las ovejas hacían una sola cría al

año, siendo la paridera hacia octubre y vendiéndose las crías en primavera. Hacia mayo se hacía la esquila y volvía a empezar el ciclo de gestación. En los pueblos existían cuadrillas de esquiladores que pelaban a tijera los rebaños del lugar y a veces se desplazaban a otros sitios, por ejemplo de las campiñas del Valle del Guadalquivir o la Alcudia, en el caso de las gentes de Los Pedroches (Moreno, 1990).

Al no ordeñarse apenas las ovejas, debido a que la merina da buena lana pero poca leche y ésta se destina al borrego, el otro gran productor de gran importancia era el estiércol, que tenía un papel crucial en el ciclo productivo de la dehesa y en torno al cual giraba un conjunto de prácticas que singularizaban el manejo de la oveja. En efecto, a diferencia de los otros animales, a la oveja es posible mantenerla de noche en una pequeña cerca formada por una red, de tal manera que todo el excremento y el orín que produce quede en ese espacio como estiércol. A la noche siguiente, o dos o tres noches después, según la época, la red se puede mudar a otro lugar, de tal manera que se va estercando poco a poco toda una parte de la finca. Esta práctica es la que se conoce como *majadeo o majadaleo*. Esta práctica itinerante daba lugar a una forma de vida muy peculiar, la de los pastores, que cada año tenían que ir cambiando sus chozos a la hoja que se fuera a cultivar, para estar cerca de la red. Esto no sucedía en las fincas pequeñas en las que, o bien no se majadaleaba y el ganado se recogía en un corral o, aun cambiando la red, no eran precisos los chozos debido a la pequeña extensión. Los chozos eran construcciones circulares, con una estructura de varas de álamo o adelfa en bastantes casos y forrados de nea, bálago de centeno o junco, teniendo cada familia de pastores varios de ellos, como cocina y lugar de estar, dormitorio, despensa o gallinero (Foto 7). También existían chozas de pastores, circulares igualmente, con paredes de piedra, cubierta vegetal y más raramente de teja, usadas periódicamente según los ciclos de rotación de cultivos y posío (Hernández, 1999).

El ganado se alimentaba básicamente de los recursos de las fincas y en algunas fincas grandes era frecuente que las ovejas se trasladaran a los agostaderos, propios o arrendados, de las campiñas, ya fuera del Valle del Guadalquivir, la Alcudia o la Meseta lintera. En las grandes fincas había un mayoral al cargo de los animales, auxiliado por el zagal y un eventual para el tiempo de la paridera. Junto a la referida vida en los chozos, un elemento que queda como referente cultural importante en las tierras de dehesa es la importancia de la caldereta de cordero o borrego como joya gastronómica y referente de las grandes celebraciones del ciclo de la vida.

### **El caprino**

Las cabras eran propias de las fincas más abruptas y donde abundara el matorral, que aprovechaban mejor que cualquiera otra especie. Existían diferentes tipos de cabras autóctonas, serranas o retintas, llamadas también de monte, del país o castellanas, según los sitios. Eran cabras fuertes, rústicas, muy adaptadas al monte y poco exigentes en comida. La leche, y su derivado el queso, completaban la economía de los chivos o cabritos que producían. Aunque su producción de leche era baja, permitía criar el chivo y hacer algo de queso. Los pastores y otras gentes que vivían en el campo tenían algunas cabezas precisamente para tener leche y queso. Para las fincas tenían otro interés añadido y era que podían alimentarse del matorral y controlarlo. La temporada fuerte del queso era la primavera, entre marzo y junio. Al igual que sucedía con otros animales, las pieles también se vendían a los pellejeros o pieleros (Foto 8).

En las grandes fincas, el cabrero se ayudaba con un zagal, aunque avanzada la paridera se solía contratar a un eventual. Los cabreros vivían en casillas o chozas en las proximidades de los cortijos, al lado del corral donde se quedaban las cabras. Solían tener cabras propias o llevar una parte en los chivos o en el queso. En unos casos eran ellos y sus mujeres los encargados de elaborarlo y en otros era tarea de los caseros.

### **El vacuno**

La vaca era la especie que menor presencia tenía en la dehesa, debido al escaso porte de los pastos y la escasa producción de los mismos. Ahora bien, se veían más en las tierras más húmedas, donde se les segaba heno incluso, y aparecían sobre todo en las fincas donde hubiera ríos y riveras de alguna importancia, para aprovechar la vegetación de los márgenes. Se encontraban principalmente en fincas grandes y alguna mediana hacia el este y el sur del territorio y muy en relación también con la existencia de ríos y riveras de los que aprovechar la vegetación de sus orillas. Existía alguna que otra vaca de leche en ciertas fincas para autoconsumo, sobre todo donde hubiera huertas, pero el resto eran de carne, predominando sobre todas la raza retinta, junto también con vacas negras. Muy características eran también las dehesas en que se criaban toros de lidia, con algunos ejemplares de berrendo para cabestro. Las vacas para labranza casi se habían dejado de usar en los años cincuenta.

El vaquero podía ir también acompañado de un zagal, y solía vivir también una dependencia del entorno del cortijo, cerca de los corrales. Las vacas se recogían de noche en corrales o tinahones cerca de los cortijos o casillas o en toriles, corrales circulares de piedra seca construidos e medio del campo, siendo algunos de ellos aprovechados a veces para sembrar forraje o patatas, por ejemplo, una vez estercados. Los tinahones para vacas

contaban a veces con pesebreras circulares separados de la pared para permitir el cuidado del ganado sin peligro (Foto 9) (Hernández, 1999). Donde se criaban ganado de lidia existían tentaderos, mangas y corrales a propósito.

La de los animales de labor era, junto con la humana, la fuerza de trabajo casi exclusiva. Por ello, todas las fincas contaban con mulas y burros para el laboreo, la era y el transporte, sobre todo de grano y paja. Solían pastar en el erial y alimentarse además de paja y algo de grano. En algunas fincas muy grandes existía incluso un yegüero al cargo de una *cobra*, o manada de yeguas y caballos, pero en el resto eran el aperador y los mozos de mulas los encargados de las bestias. Los pequeños propietarios y los colonos podían echar jornales arando con sus yuntas, por ejemplo en los olivares. Las bestias, además de la fuerza de trabajo, aportaban estiércol y el producto de la venta de las crías que, para las economías campesinas sobre todo, suponían un ingreso muy agradecido. Lo mismo sucedía con algunos empleados, guardas, aperador, etc., a los que en alguna que otra finca se les permitía tener una yegua. Las cuadras para las bestias se ubicaban en el cortijo, comunicadas a veces con la zona de vivienda, teniendo pesebreras y un pajar, que a veces se ubicaba dentro de la cuadra, en alto (Hernández, 1999).

En todas las fincas existían bandos de gallinas, y en algunas también de pavos, que eran cuidados normalmente por las caseras. Una parte de las crías y los huevos que producían eran para consumo de los dueños y los caseros y el resto se vendía, bien a recoveros de la zona o bien a compradores venidos de fuera, sobre todo en el caso de los pavos por Navidad. Además, los ganaderos y algún que otro empleado solían tener también sus propias gallinas para autoconsumo sobre todo, pero también para venta. Las tareas relacionadas con las aves de corral eran casi siempre desempeñadas por mujeres. Las colmenas solían ser cosa de pequeños propietarios y en algunas fincas existían colmenares, una suerte de corrales, redondos o cuadrados en medio del campo para proteger las colmenas de diversos animales.

La dehesa tradicional ofrecía por tanto una gran variedad de productos basándose fundamentalmente en recursos renovables propios. Las pequeñas explotaciones llevaban a cabo sus procesos de trabajo gracias al uso de la fuerza de trabajo familiar fundamentalmente y las grandes conseguían gran rentabilidad gracias a la existencia de unos muy bajos salarios de una gran masa de trabajadores disponibles el mercado de trabajo y férreamente controlados por un sistema político que servía de apoyo al latifundismo como sistema de dominación de clase. Si en las zonas de dehesa históricamente no ha existido un movimiento obrero organizado y reivindicativo como el

de las campiñas del Valle del Guadalquivir creemos que se ha debido en gran parte a la naturaleza de los procesos de trabajo que tienen lugar en la dehesa. Juan Díaz del Moral, en su **Historia de las agitaciones campesinas andaluzas** (Díaz del Moral, 1929:5) hablaba del hombre de la sierra como esencialmente distinto del jornalero del valle del Guadalquivir, y los describía como cerrado, mísero, sumiso, apuntando a la forma de vida ganadera como elemento importante a la hora de explicar este, según él, tipo antropológico. También otros autores, como Antonio Luís Díaz o Juan Agudo y Elodia Hernández, también han incidido en las visiones de los unos por los otros, serranos y campiñeses (Díaz Aguilar, 2001; Agudo y Hernández, 2000). En nuestra opinión, son lo accidentado del terreno, la pobreza del medio, el aislamiento y las malas comunicaciones que históricamente han caracterizado a estos territorios, la ausencia de agrocidades, de grandes núcleos de población donde se concentran los trabajadores agrícolas, lo que se une al carácter de población dispersa en casillas, chozas y chozos, y en procesos de trabajo que se realizan en solitario o entre un ganadero y un zagal, muchas veces familiares, con relaciones laborales que se remontan a veces a generaciones lo que hace que no aparezcan los necesarios escenarios del conflicto. En efecto, tampoco la recolección de las cosechas tienen las dimensiones ni emplea a la enorme cantidad de jornaleros en cuadrilla que se da en el llano. Sin embargo, el latifundismo, la desigualdad social y las difíciles condiciones de vida y trabajo han dado lugar históricamente a una conciencia del ellos y el nosotros, los ricos y los pobres, y de no aceptación del orden social, siendo incluso los yunteros los protagonistas de acciones de lucha por la tierra durante la Segunda República y de formas de organización para la defensa de sus intereses incluso durante el Franquismo (Acosta, 2002:593; Talego, 1996).

## **LA GRAN TRANSFORMACIÓN**

Todo este entramado de la dehesa se vino abajo con el llamado proceso de modernización de la agricultura española y el fin de la agricultura tradicional que tiene su momento más preciso de arranque a finales de los años cincuenta. Este fenómeno se inscribe en un marco mucho más amplio que el agrario y no es otro que el proceso de transformación económica y social que sufre España en ese momento. La política económica española, entonces autárquica, se abre a la penetración de la economía capitalista internacional y opta decididamente por la urbanización y por un desarrollo industrial polarizado en unas cuantas áreas, que demandarán del medio rural del resto del país una gran cantidad de mano de obra. Lo traumático y vertiginoso del proceso, a diferencia de lo

ocurrido en otros países anteriormente, hará imposible un ajuste gradual del sistema económico y social rural, llevando a un tremendo abismo entre el mundo rural y el urbano, a la crisis de la agricultura y a la desarticulación del sistema social. Este proceso fue aun más rápido y radical en zonas como las de la dehesa andaluza, donde las condiciones de vida de los trabajadores eran tan precarias que sólo bastó un mínimo reclamo de mano de obra desde las ciudades para que huyeran hacia ellas de inmediato. El estancamiento de los precios percibidos por los agricultores y el aumento de los precios pagados por insumos cada vez más numerosos hizo que las rentas agrarias se vinieran abajo. Para colmo de males, la peste porcina africana hizo estragos en la importante cabaña porcina. Muchas de las explotaciones, las más pequeñas, desaparecieron y bastantes de ellas entraron en una situación de crisis crónica.

Así pues, el modelo de agricultura y ganadería convencional no ha podido cuajar en las dehesas, fundamentalmente ubicadas en zonas de sierra, no ha sido capaz de desarrollarse plenamente en la ganadería extensiva, que vio imposibilitada su adaptación a la nueva situación desde el momento en que se impuso en España una ganadería intensiva basada en el empleo masivo de insumos externos. Sin embargo, la nueva economía se aprovechó de la crisis del campo indirectamente creada por su expansión en la industria y las finanzas para penetrar más a fondo en la agricultura, subsumirla o articularla en torno suyo según sus propios patrones de funcionamiento.

La emigración trajo escasez de mano de obra y subida del precio de los salarios, induciendo a una sustitución de fuerza de trabajo por capital, en forma de infraestructuras, maquinaria, uso de fertilizantes o herbicidas. Este cambio tiene lugar en unos momentos en que, con la apertura al exterior y el desarrollo de la industria, hay una creciente oferta de productos industriales.

Las relaciones de intercambio de los productos agrarios e industriales se han deteriorado, con lo cual los agricultores reciben cada día menos dinero por sus productos a la vez que han de pagar precios cada vez más altos por los productos industriales que la agricultura necesita. La sustitución de mano de obra por capital y la crisis de la agricultura provocaron enormes contingentes de paro entre los trabajadores agrícolas, una vez cerradas las puertas a la emigración, lo que dio lugar a que los sucesivos gobiernos destinaran fondos para dar trabajo a los jornaleros o para pagar subsidios.

Un hito importante es la entrada de nuestro país en la Unión Europea, que tendrá un enorme efecto en la agricultura, en la ganadería en nuestro caso, debido que gran

parte de la economía de la dehesa girará en torno a las subvenciones percibidas por el ganado, que son el sustento de muchas explotaciones y una importante manera de acrecentar plusvalía para los grandes propietarios. Las medidas agroambientales, un cierto interés medioambiental, también se presentan como una línea de actuación de la Política Agraria Común, que hasta ahora se han sustanciado en bien poco. Nuevas actividades con creciente importancia son las cinegéticas, de ocio o el turismo rural, al que se dedican ciertas fincas.

Una cuestión de suma importancia es que, a pesar de la situación de crisis de la dehesa, los precios de estas no han dejado de crecer, alcanzando cifras impensables no hace mucho y nada en consonancia con el valor de las producciones agropecuarias. Cuestiones como la patrimonialización, el refugio de capitales, el blanqueo de dinero o lo que Pablo Campos denomina autoconsumo ambiental de los propietarios explicarían dicho fenómenos. Bajo esta designación tendría cabida cuestiones como el mantenimiento del patrimonio familiar, la ostentación o el disfrute recreativo y ambiental (Campos et al, 2001). Capitales ajenos a la agricultura y a los pueblos de dehesa han acudido a ella, elevando el precio de la tierra para los profesionales del campo.

## **LA DEHESA ACTUAL**

Como consecuencia de todo cuanto acabamos de describir, grandes cambios se han operado en el manejo de la dehesa y en la forma de vida en ella. En primer lugar, en las pequeñas explotaciones ya no es la familia campesina la encargada de llevar a cabo con todos sus miembros el proceso de explotación. Queda en muchos casos el propietario de finca como único gestor y trabajador de la misma, habiendo emigrado los hijos o dedicándose a otras actividades. En las grandes fincas ha desaparecido aquel ejército de empleados con funciones muy diversas y especializadas. En muchos casos queda un solo trabajador-encargado, o a lo sumo dos o tres empleados polivalentes que se ocupan de todas las actividades. Los jornaleros sólo muy esporádicamente aparecen en tareas de varios días de poda, saca de corcho o, más puntualmente, en trabajos muy concretos. Las jornaleras ya no se ven en la dehesa, sobre todo debido a que ya no se recoge la bellota ni se siegan leguminosas a mano. La población que vivía en las fincas ha desaparecido en su práctica totalidad, residiendo en los cortijos grandes sólo una pequeña cantidad de trabajadores, los caseros o encargados casi exclusivamente.

En la dehesa se ha producido una especialización productiva en la ganadería. En efecto, los usos ganaderos han casi desaparecido en la mayoría de las fincas. Se cultivan de manera regular aquellas relativamente llanas y con suelos de cierta calidad. El resto, la gran mayoría se dedican exclusivamente a brindar pastos al ganado. Lo que acostumbra a sembrarse es para consumo de los animales, un heno compuesto en la mayoría de los casos de veza-avena, aunque también se cultiva cebada, avena o tritical, un híbrido de trigo y centeno. La recolección se hace mecánicamente, aunque el aprovechamiento a diente por el ganado es algo habitual en algunas fincas. A veces se cultiva sólo para dar un laboreo muy de tarde en tarde a la tierra y ayudar a controlar el matorral, normalmente de jaras, jaguarzos, retamas y aulagas, además de los rebrotes de quercíneas (Foto 10). A pesar de ello, el monte avanza imparable en muchas fincas, sobre todo en las más montuosas, calculándose en un 30% la superficie ocupada por dehesa que sufre matorralización en algún grado (Consejería de Medio Ambiente, 2002). El diferencial de calidad de los suelos y la orografía hacen que no sean rentables los cultivos ante las producciones que vienen de fuera. Además, la cabaña ganadera ha crecido debido a la necesidad e intentar compensar con un mayor número de animales los bajos precios que ahora se reciben por ellos y sus productos. Todo ello, unido a la existencia de primas a la producción de ovino, caprino y bovino, han hecho que se dé una sobrecarga ganadera, con gran demanda de piensos que ahora no se producen en las fincas y un evidente impacto ambiental, debido no sólo a la esquilma de los pastos, al ataque al renuevo de la arboleda en las fincas más castigadas y laboreadas, sino también a la erosión provocada por el pisoteo continuo de un gran número de animales sobre un mismo espacio, a veces semiestabulado en cercas de reducidas dimensiones.

La lógica de adecuación del tipo de ganado a las condiciones naturales específicas de cada finca ha quebrado, y ahora son motivos fundamentalmente de rentabilidad económica los que explican la presencia de una especie u otra. Es el ahorro de mano de obra el que explica la expansión de la vaca, la menos propicia ecológicamente para este tipo de terreno y pastos, pero la menos exigente en mano de obra. La presencia de la oveja se explica sobre todo por el interés que ha adquirido con las subvenciones. En ese mismo sentido de desatención a las especificidades del medio tenemos el caso de la sustitución de las razas autóctonas por otras foráneas, que producen más carne, pero demandan más comida, más piensos importados, y no están tan adaptadas al consumo de los recursos de las fincas y a su orografía.

Las más claras expresiones de sustitución de mano de obra por capital son la sustitución de fuerza de trabajo humana y animal por las máquinas, sobre todo tractores, en los cultivos, y la práctica desaparición del manejo mediante la conducción de los animales por el pastor, porquero, cabrero o vaquero con el paso al manejo en cercas. El territorio ha sido alambrado, privatizándose más su uso, y generando malestar en muchas comunidades por limitar el libre acceso, por afectar a la relación con el territorio que antes se tenía. En estas cercas pacen solos los animales, a los que se cuida casi exclusivamente a la hora de echarles de comer pienso o pacas de heno o paja. La gran cantidad de alimento necesario ha hecho que los almacenes para los mismos sean de las infraestructuras que más han proliferado, aunque también se han adaptado para estos usos antiguas casillas, naves, majadas, tinahones, etc.(Hernández, 1999).

Si damos un repaso a las distintas especies, vemos cómo el cochino sigue teniendo en la dehesa la importancia de antaño, debido a la bellota y a la eficiencia en su transformación, unido al renovado interés que el cerdo ibérico de bellota está teniendo para ciertos mercados. Una vez superada la peste porcina, y con el creciente buen nombre de sus carnes en el mercado, el cerdo ibérico hace tiempo que empezó a ganar terreno tras el retroceso que sufrió a partir de los años sesenta con la invasión de la raza duroc jersey. Hoy en día se está sustituyendo la cría en las cochineras que vimos por la que se hace en campings que ahorran una gran cantidad de mano de obra, aunque siguen quedando algunos mayores de cochinas como uno de los pocos oficios tradicionales que aun se mantienen, siendo en ciertos lugares muy valorados y cotizados (Foto 11:Diapositiva 1). Los animales, cuando no están estabulados al secarse la yerba o cuando ésta escasea, pacen solos en las cercas, incluso al llegar la montanera. Los piensos industriales son ahora una parte central de su alimentación y la bellota, muy preciada, resulta escasa por gran cantidad de cochinos y por el descenso de la producción de fruto debido al descuido y dilatación de las labores de poda. Ni que decir tiene que no se cosecha a mano, sino que sólo se consume a pie de árbol. El robo de bellotas desapareció totalmente con la mejora de las condiciones de vida de los jornaleros (Foto 19: Diapositiva 3).

La matanza sigue siendo importante para los propietarios y los empleados fijos de las fincas, que suelen recibir uno o varios cochinos como parte de su salario. Aunque hayan perdido peso relativo sus productos dentro de la dieta y la economía doméstica, no por ello deja de tener interés (Quintero, 2001), y adoptar en algunos casos nuevas

dimensiones simbólicas, de proxemia, comunión e identidad, por ejemplo, o de revitalizar el valor de sociabilidad que siempre tuvieron.

La oveja, como decimos, ha aumentado su presencia, no sólo por número de ejemplares en las fincas sino porque también se ha expandido territorialmente, en fincas donde antes no estaba (Foto 16). El oficio de pastor ha desaparecido, al menos en el sentido de conductor y apacentador del ganado por las fincas, así como el majadaleo. Las cercas de alambre guardan a las ovejas y sólo en algunos casos los pastores custodian los rebaños que, en un número anecdótico, aun bajan a los rastrojos de las campiñas. De los chozos sólo queda el recuerdo y, en algunas ocasiones, la evidencia museográfica. La lana apenas tiene valor comercial y la esquila la hacen cuadrillas con máquinas. Muy significativo es el hecho del cambio de ciclo de partos, buscándose ahora no uno al año sino tres en dos años y de ovejas que den mucha carne, por lo que a la merina la sustituyen otras razas precoces como la ille de france, merina precoz, etc. (Foto 20: diapositiva 4) Abandonado el redileo, las ovejas duermen en las cercas o en las modernas naves de bloques de cemento y uralita o chapa que han sido construidas en los últimos tiempos, bastantes de ellas con ayudas públicas. No obstante las viejas naves y tinahones suelen seguir siendo usados en muchas fincas para usos diversos.

La vaca ha salido de los ámbitos que antaño le eran propios y se ha expandido por un gran número de fincas, sobre todo las de cierta extensión, al arrimo tanto de las subvenciones como de la búsqueda de reducción de mano de obra. La escasez de recursos pastables antes aludida y la gran demanda de comida de esta especie, con mayor número de ejemplares a su vez, hace que los piensos y las pacas de paja y heno traídas de fuera sean la base de su alimentación durante gran cantidad de meses. A ello contribuye también el predominio actual de razas foráneas como la charolesa y la limousina (Foto 12). Ni que decir tiene que la siega del heno con guadaña y los guadañeros ya no existen. El ganado de lidia parece experimentar últimamente un repunte, habiéndose extendido desde las explotaciones del valle y el llano, donde históricamente ha tenido su ubicación. No obstante en el total de la dehesa es algo más bien anecdótico. Las vacas suelen quedarse a la intemperie, sobre todo en verano, aunque también hacen uso de naves nuevas o de viejas instalaciones reutilizadas.

En torno a la cabra encontramos un proceso curioso. La mucha mano de obra y custodia que este animal requiere hizo que fuera desapareciendo de muchas fincas. Ahora bien, el avance del matorral por el abandono de prácticas habituales en la dehesa brinda un recurso que como ninguna otra especie puede aprovechar, de ahí que tenga

también interés. Esa demanda de mano de obra, el factor de producción más abundante y excedente entre los pequeños propietarios hace que éstos, ante la expectativa de precios aceptables alcanzados por la leche de cabra y con el beneficio de los cabritos y chivos y las subvenciones, opten por la introducción de la cabra, incluso en fincas donde no hay matorral. Aunque las cercas son elemento central para el manejo, las cabras siguen necesitando de cierta custodia, y ser recogidas de noche, debido a su comportamiento. Además, se necesita encerrarlas para su ordeño y llevar a cabo esta operación, por lo cual, el oficio de cabrero, o la mayor atención a este animal por parte de alguno de los obreros polivalentes de las fincas, sigue persistiendo en algunos lugares. Aunque la leche se vende en la finca o los pueblos a fábricas de queso, una cantidad de la misma se sigue transformando artesanalmente en queso en las fincas. Buscando esa mayor producción de leche, en bastantes sitios las cabras serranas locales van cediendo terreno a la murciana-granadina y a la malagueña, razas más lecheras. Es en las pequeñas explotaciones, que cuentan con menos recursos pastables, donde más se compran piensos, buscando la leche y la mayor cantidad de grados de ésta, que deparan mejor precio. Una de las principales consecuencias de la carga caprina es el quebranto en la arboleda y sus renuevos en fincas pequeñas (Foto 13).

La importancia del ganado de labor, carga y tiro se ha reducido a la mínima expresión, debido a la mecanización, aunque en los últimos tiempos los caballos vuelven a verse con en las fincas asociados al ocio de los propietarios y a algunas actividades de turismo rural. También las aves de corral han reducido su número, sobre todo debido al descenso de la población que vive en el campo, pero sigue existiendo en gran parte de las fincas, aunque sean pocos ejemplares. El interés por los pollos de campo y los huevos ecológicos hace que en algunas fincas concretas haya un cierto número de ellos, pero es algo anecdótico en el conjunto de la dehesa.

En cuando a los usos forestales, la primera cuestión que cabe ser destacada es la dejación, la dilatación en el tiempo de las labores culturales que la arboleda requiere. Esto viene motivado por la subida del precio de la mano de obra, de tal manera que aquellos periodos ideales de poda cada cinco años son un vago recuerdo, dándose el caso de fincas u hojas de fincas que pueden pasar décadas sin ser podadas y, cuando se hace, las ramas que se deben cortar han crecido tanto que la herida que el corte deja es un peligro para el árbol. En estas tareas se ha introducido la motosierra, aunque en ciertas fincas, pocas desde luego, siga usándose el hacha (Foto 14:diapositiva 2).

El ramón de encina puede ser aprovechado por el ganado cuando se poda, pero el no ir el ganado conducido hace que no se dé un buen aprovechamiento. Las ramas de mayor tamaño se pueden vender para leña, que ahora tiene una demanda urbana para chimeneas además de en los pueblos, donde ha descendido al ser sustituida por otras energías. Igualmente el carbón tiene demanda y ahora los tractores y algunos hornos metálicos o de mampostería, estos últimos no en las fincas, sustituyen a las antiguas carboneras. Los carboneros son en muchos casos los mismos que podan los árboles, y lo hacen a cambio del producto de las encinas, no del salario, habiéndose mecanizado el proceso con la ayuda del tractor y la pala. Se trata en muchos casos de gentes de ciertos pueblos de las zonas de dehesa o de otras linderas, distantes a veces decenas o incluso cientos de kilómetros, que se desplazan allá donde pueden conseguir leña, trasladándose diariamente al tajo o viviendo temporalmente en las fincas, con sus familias incluso (Foto 15:foto en papel).

El cisco ha reducido su importancia, al ser sustituido por el gas y la electricidad en la calefacción doméstica, aunque sigue habiendo demanda local del mismo para braseros. En los pueblos, los jornaleros y empleados de las fincas suelen hacer algo de picón para autoconsumo y un poco para venta. También los carboneros hacen en algunos casos picón para venta. No obstante, en bastantes ocasiones las ramas menudas quedan en el campo sin ser transformadas.

El corcho es un producto que no ha perdido valor en la dehesa, es más, en los últimos tiempos se ha revalorizado incluso, al arrimo de nuevas demandas en la industria vinícola y en las aplicaciones como aislantes y otras. Lo rentable de su venta hace que se siga observando sistemáticamente su extracción, normalmente cada nueve años, por cuadrillas de descorchadores. En algunas fincas, que tendríamos dificultades en caracterizar como dehesas pues están más cerca del bosque mediterráneo que otra cosa por la cantidad de matorral, la extracción del corcho y la caza es su dedicación fundamental, acompañada de algo de ganadería, sobre todo de vacuno, como suele suceder en la provincia de Cádiz. El descorche a jornal es el que predomina en la mayoría de las explotaciones, y los sueldos que se pagan a los descorchadores son los más altos de la dehesa, siendo el único trabajo que aun se realiza de manera sistemática en cuadrillas en este agroecosistema. El descorche a destajo se da más bien en los lugares de mucho monte, como por ejemplo la Sierra de Cádiz (Coca, 2001). Aunque los tractores, remolques, trineos para bajar el corcho desde la sierra han proliferado, en algunas fincas se sigue utilizando las bestias en los lugares más escarpados y, desde

luego, el hacha es el instrumento por excelencia en la pela. Los automóviles facilitan el desplazamiento de las cuadrillas, pero aun siguen quedándose en el campo en algunos casos.

Algo muy significativo en la dehesa actual es el avance del matorral. En efecto, el abandono de los cultivos y el desmonte sistemático de las zonas más querenciosas de matorral hace que éste prolifere, sobre todo en las áreas de más pendiente, compitiendo con la producción de pastos para el ganado y con el desarrollo y producción de los árboles, además de aumentando el peligro de incendios forestales y multiplicando las consecuencias negativas del fuego. Sólo los desmontes que cada tiempo se hagan con medios mecánicos, tractor oruga o de ruedas de goma y gradas, permiten desbrozar el terreno y, hechos con tino, permiten la regeneración de la arboleda. Otra consecuencia positiva del avance del matorral, a más de la protección de suelo, es la proliferación de especies como el ciervo y el jabalí, que sirve de soporte a actividades económicas de caza mayor. Pero junto a este fenómeno, en la dehesa ocurre otro a la vez inverso, y que se da incluso dentro de una misma finca, el de la fosilización de la dehesa. En efecto, en las fincas donde aun se laborea con cierta recurrencia, o en las partes de las fincas donde esto se hace, en las más llanas y de mejores suelos, el laboreo y el efecto de las sobrecargas ganaderas hacen que no haya renuevos que a la larga vengán a suplir a los pies de árboles que mueran (Foto 17). Es por ello, además del proceso de conversión en dehesa de terrenos antes desarbolados, que hay fincas en que se llevan a cabo repoblaciones con plantas de encinas y alcornoques, subsidiadas por las administraciones públicas.

La recolección de plantas como espárragos setas y hongos, palmito, etc. es una actividad que hoy tiene que ver con el ocio, siendo un entretenimiento de las gentes de los pueblos o de los nativos que viven fuera y refuerzan así a la vez su vinculación con su pueblo y su territorio, sobre todo si además consideramos la dimensión de comunión que su consumo puede tener. En algunos casos se trata de gentes que no son naturales de la zona, lo cual a veces crea malestar entre los autóctonos. No obstante todavía es en parte un complemento de algunos trabajadores que los venden o rifan (Palenzuela, 2001). La recolección de ciertas plantas para autoconsumo, como la tila, manzanilla, plantas medicinales, etc. ha sido una actividad habitual de las gentes en los territorios de dehesa y últimamente, con el desarrollo de normativas proteccionistas, se ha limitado o prohibido su recolección, cosa que en bastantes ocasiones no es comprendida por las

gentes, pues históricamente se ha llevado a cabo sin que se hay producido perjuicio alguno.

La caza es una actividad que ha devenido importante en la dehesa. La popularización de la caza deportiva, de las gentes de los pueblos, de los naturales de los mismos pero que residen fuera o de los foráneos, ha supuesto una fuerte presión sobre los animales de caza. El abandono de los cultivos hace que no haya alimento en las fincas para ciertas especies, sobre todo tórtolas y palomas. A ello se unen enfermedades como la mixomatosis o la neumonía vírica que han esquilado la población de conejos. No obstante, la aludida motarralización ha creado un hábitat idóneo para jabalís y ciervos. Así, además de acotar las sociedades locales de cazadores terrenos para su disfrute, muchas fincas se han convertido en cotos de caza, que arriendan este aprovechamiento u organizan cacerías con fines comerciales, suponiendo en algunos casos unos ingresos muy interesantes. En ciertas fincas se repuebla con ciervos y se recurre al mallado cinegético para caza mayor, a veces con mallas ilegales en cuanto al tamaño de sus cuadros, generando problemas ecológicos. También hay casos en que se repuebla con perdices o conejos, e incluso se alimenta con grano a ciertas especies. Los guardas pasan a ser en estas explotaciones una mano de obra imprescindible y para las monterías se contratan a veces a realeros con sus perros, jaleadores y otros ayudantes.

Un aspecto interesante es cómo esta actividad alcanza nuevas dimensiones hoy en día. Por un lado, las sociedades locales de cazadores, que acotan el territorio que pueden para cazar en él, son entidades de los pueblos que pugnan por defender el acceso a lo que consideran su territorio local, el de la comunidad. En muchos casos dan cabida a gentes nacidas en el pueblo pero que ya no viven en él, con lo cual son un elemento de reforzamiento o reproducción identitaria. La caza, al igual que la recolección de especies vegetales, se constituyen en la forma de relación con el medio casi única de unas gentes que han visto cómo su vinculación con las fincas a través de los procesos de trabajo en ellas se ha ido reduciendo cada vez más, con la eliminación de mano de obra agrícola y abandono de ciertas labores. Es interesante ver cómo existe una importante pérdida en la toponimia local y son actividades como éstas las que todavía contribuyen al mantenimiento de algunos topónimos.

Por otra parte, la caza como medio de vida, como ayuda económica para las clases populares ha desaparecido, ya no se caza para la venta. Las piezas se consumen hoy en la unidad doméstica o se regalan a allegados. En algunos pueblos existen furtivos que destinan las piezas de caza mayor al autoconsumo. Para las grandes fincas

es un negocio, por la venta de derechos de caza y/o de las piezas cazadas, sean de caza mayor o menor. Un aspecto novedoso e interesante es cómo gentes de las clases populares, grupos de amigos o sociedades de cazadores, organizan cacerías y participan en ellas como protagonistas, como tiradores, no como subalternos, y reproducen en ellas las mismas formas e incluso los mismos rituales que los aristócratas de antaño.

### **SOCIEDAD, ECOLOGÍA Y PATRIMONIO**

La estructura social de la dehesa ha sufrido un cambio radical, como radical ha sido el cambio demográfico. Por un lado, las dehesas se han despoblado de una manera drástica. Como hemos visto, son pocas las familias que viven en la dehesa, lo general es que, a lo sumo, sólo en algunas grandes fincas vive una familia, la del casero-encargado, residiendo los trabajadores en los pueblos. Lo mismo sucede en el caso de los pequeños propietarios, que se desplazan a diario a sus fincas desde sus casas del pueblo.

Ya hemos dicho que la diversidad de especializaciones que existía en la dehesa tradicional ha desaparecido. Grupos sociales enteros, como el de los colonos y piojaleros, ya no existen. En las fincas existen unos pocos obreros y multifuncionales, habiendo quedado una gran masa de jornaleros en el paro, con muy pocas jornadas de trabajo a lo largo del año. La tecnologización, el cambio en el manejo y lo esporádico del empleo hace que los conocimientos tradicionales se vayan perdiendo, especialmente en el caso de los jóvenes y las mujeres, expulsadas de la dehesa si exceptuamos el caso de las esposas de los empleados que viven en la finca y algunos carboneros. Tiene lugar así la réplica en este agroecosistema de los modelos posfordistas, de dualización social, habiendo por una parte un número de trabajadores con un empleo seguro y que requiere cierta cualificación, el de los trabajadores fijos, a veces obreros encargados, y por otra parte una gran masa en situación inestable y que pierde cualificación. Los subsidios de desempleo y este alejamiento del trabajo, y del conocimiento del medio por la falta de relación continua con él a través de los procesos productivos, erosionan sus saberes y su cultura del trabajo.

Gran parte de los pequeños propietarios ha desaparecido, al ser insuficientes sus explotaciones, o al ser divididas por herencia sin reagruparse a través del matrimonio. Se suele tratar de una población envejecida y con gran dificultad para el renuevo generacional, pues los hijos prefieren otros trabajos, sobre todo cuando que al recibir una educación formal pueden optar a otros empleos.

Los grandes propietarios ya no son el ápice de la estructura social agraria, al haber sido esta integrada en la sociedad más amplia, ya no son los mediadores con la

ciudad y el poder y su posición se ha resentido porque dentro de la agricultura ahora son un eslabón más, dominado incluso por la agroindustria, ya no forman parte de la élite de poder en cuanto grandes propietarios de fincas. Sus estrategias matrimoniales han cambiado y ahora sus hijos se casan con gentes de las ciudades, no necesariamente de la burguesía agraria. Incluso desde el punto de vista productivo, han diversificado en muchos casos su actividad, dedicándose a otros negocios en sus comarcas o en las ciudades. Como vimos, nuevos propietarios, venidos de otros lugares y otros sectores económico han llegado a la dehesa.

Si pasamos de la dimensión social a la ambiental, la dehesa constituye hoy un agroecosistema de alto valor ecológico, no en vano una gran extensión de las dehesas de Sierra Morena acaba de ser declaradas Reserva de la Biosfera por la UNESCO (Villa et al, 2003). Ello es así porque, a pesar de los problemas ambientales de los que hemos hablado, se trata de un sistema de uso múltiple del territorio que da lugar a la mayor extensión con continuidad de bosques autóctonos de España y una de las mayores de Europa. Es una reserva de biodiversidad, otorgando amparo a una gran cantidad de especies en una situación delicada en el planeta. Se conforma también como una barrera frente a la erosión, que de manera alarmante viene avanzando por el área circunmediterránea, a la vez que supone una fuente de oxígeno, de aire puro, y un sumidero de la contaminación. Las dehesas, enclavada en su mayor parte en la sierra, son una fuente de aguas para los valles y zonas llanas colindantes, no en vano en ellas se localiza un buen número de los embalses que surten a las ciudades de aguas abajo.

Pero también son reserva de otro tipo, desde el punto de vista cultural o recreativo. No obstante, conviene aclarar que muchas veces va unida la condición de dehesa a la de sierra para explicar todo ello, porque es la sierra la que se convierte en ese patio trasero, esa colonia del hombre urbano para suplir nuevas y cambiantes necesidades, ello debido a que el proceso que la ha hecho cada día más marginal ha dado lugar a que sus ecosistemas y en parte sus pueblos hayan sufrido una menos drástica transformación y degradación. No obstante, no es la única isla de naturaleza deseada, como puede verse en el caso de Doñana y su entorno y muchos otros. En cualquiera caso, el territorio de dehesa, en tanto que agroecosistema y paisaje específico no degradado, aun siendo como hemos visto un producto claramente cultural, deviene en el imaginario y en la praxis de una buena parte de nuestra sociedad un mundo de naturaleza salvaje, en oposición a extrema artificialización del resto del territorio. Esa naturaleza por supuesto que ha de ser preservada, entre otras cosas para justificar la no

preservación de otras naturalezas, y para garantizar el disfrute de ese bien cada vez más escasos a los que ahora lo conciben como una necesidad para la realización de las personas como tales, para el reencuentro con la verdadera esencia humana, ahora perdida en los avatares de la urbanización.

Pero no es sólo la dehesa o la sierra lo que se peculiariza, sino también la cultura de los pueblos que en ellas se sitúan que, ahora desde el punto de vista no biológico sino cultural, humano, se representan como una reserva, un mundo aparte, lejano, con unas formas de vida singulares, ancladas en el tiempo, que los hacen singulares, a la vez que singularizan a quienes los disfrutan en sus lances de ocio, para marcar la diferencia en el consumo conspicuo de bienes y servicios propios de la sociedad actual, sobre todo en su fase posfordista en que la supuesta singularización del consumo es más acendrada a medida que aumenta la uniformización general. Aparecen así los itinerarios por las dehesas, con reclamos tales como una publicitada “Ruta de oveja mamante”, que pretende atraer a los turistas con la promesa de poder oír a los borregos balar buscando las ubres de su madre, u otras que utilizan el reclamo de la berrea de los ciervos, la arquitectura popular o la fiesta de tal o cual pueblo. El turismo rural en dehesas experimenta así un importante auge, acomodándose las antiguas casas y cortijos para tal menester atendiendo a distintos niveles de poder adquisitivo o construyéndose de nueva planta hostales, hoteles o casas rurales. Cazalla de la Sierra pareciera el máximo exponente de todo ello, donde gentes de la denominada *jet* se agencian casa o finca, modificando junto a la estructura material, la estructura simbólica y anulando el referente de depredación social que en muchos casos tenía el mundo de la dehesa. Esto lo vemos claramente en el caso de la casilla de pastor, paradigma de las duras condiciones de vida de aquellos trabajadores, ahora convertida en casita de campo de la nieta del dictador Franco, una de las más asiduas animadoras de las revistas llamadas del corazón, quien blasona de la dimensión bucólica de esta su coquetona casa de recreo, precisamente por estar en una dehesa de la sierra y ser precisamente la vivienda del pastor, la evocación de una relación idílica con la naturaleza.

También las gentes aparecen ahora como un tipo humano especial, en esa dimensión de otredad y alocronía que ahora las sitúa lejos de esa imagen miserabilista que vimos en la obra de Díaz del Moral. Ahora no es paradigma negativo, de atraso y conformismo, o servilismo, sino de tipismo, de envidiable relación con la naturaleza, gente acogedora y ancestral, de interés etnológico, guardianes de cálidas y vistosas tradiciones. Igualmente, la gastronomía y los productos de la tierra cobran valor, tras el

denuesto de la arrolladora modernización, especialmente los que tienen que ver con el cerdo ibérico, el queso de cabra o las artesanías.

La propia imagen de la dehesa cambia de significado. Si en otro tiempo fue modelo de dominación despiadada, símbolo de una clase poderosa y a veces ociosa, que se enseñoreaba de sus campos y sus toros sobre la miseria de los trabajadores, ahora va ganado terreno ese retrato de gran paraíso ambiental, gran muestra de la vegetación y la fauna mediterránea, bosque único y singular en Europa. Amortiguado ya el estigma del latifundismo, olvidada la idea del reparto y la reforma agraria, obviada la visión negativa del gran propietario de dehesa absentista o despótico, ahora bastantes dueños de estas fincas tienen a gala precisamente el serlo, blasonan de poseer no ya una gran finca, sino una dehesa precisamente, y para ello colocan a la entrada de su propiedad en rótulos bien visible el nombre de la finca tras la palabra dehesa, a mayor gala y ornato de su nombre y condición (Foto 18). Los nuevos propietarios de fincas lo son en muchos casos de dehesa precisamente por el valor simbólico añadido que hoy posee. Destacan sobremanera las dimensiones de refrendo de estatus social y recreo sobre otras dimensiones, como la productiva.

Finalmente, en cuanto al patrimonio, la dehesa cuenta con unos valores que, en muchos casos, se enfrentan a serios problemas. Por una parte, tenemos viviendas e infraestructuras de muy diverso tipo que, una vez abandonado su uso de antaño, se han derruido o se encuentran en una situación de grave deterioro, así podemos ver bastantes casillas, torrucas y viviendas similares que una vez perdida su función de habitación, sólo son casi escombros o se encuentran en proceso de serlo (Foto 21). Como hemos visto, algunas de ellas son empleadas como almacén para heno, paja, pienso u otros menesteres y los chozos de pastores sólo existen como elemento reconstruido, como curiosidad, con fines etnográficos o turísticos, dándose algunos casos en que piensa en ellos como alojamiento, por ejemplo para cierto tipo de campamentos juveniles.

De las construcciones para el ganado, como majadas, cochineras, zahúrdas, zahurdones, cochineras o toriles podemos decir algo parecido. Las cochineras van perdiendo su funcionalidad en beneficio de los campings, aunque algunas siguen cumpliendo plenamente su función. En algunos casos estas infraestructuras se usan para albergar, aunque sea estacionalmente, al ganado. También está en franco deterioro bastantes de las fuentes que existían en diferentes puntos de las fincas, al igual que algunos pozos. Los pocos palomares que han existido suelen por lo general tener mejor suerte, pues aun se conservan incluso con su función tradicional.

Muchas paredes, de una interesante arquitectura de piedra seca, se encuentran derruidas, lo que supone una pérdida no sólo arquitectónica y estética sino también ecológica, ya que constituyen interesantes hábitats para ciertas especies, sobre todo de pequeños mamíferos y reptiles, al contrario de la simplificación y perjuicios que ocasionan las alambradas que proliferan por doquier (Foto 22). Ahora bien, sobre todo en las dehesas ubicadas en espacios protegidos, existen ayudas públicas para su mantenimiento o nueva construcción, lo que puede fomentar su conservación. Una reliquia casi la constituyen las calzadas, hileras de piedras en perpendicular a la pendiente que calzaban el terreno, como barrera frente a la erosión que pudiera causar el laboreo, sobre todo junto a cauces de agua.

En cuanto a los cortijos, tenemos situaciones muy dispares, ya que mientras algunos se encuentran en una situación de semirruina hay otros que no sólo se mantienen bien conservados sino que incluso se remozan, rehabilitan, amplían comodidades e instalaciones. Son estos últimos los de grandes propietarios que los utilizan como segunda residencia, con una función también recreativa y de ostentación social. Hay una arquitectura bastante dinámica en ellos, donde se refuerzan las ideas de tradición, de clasicismo rural, cosa que se ve sobre todo en viviendas dedicadas al turismo rural. Digna de destacar es la proliferación del color amarillo albero, signo de distinción aristocratizante y de vigor del modelo de Sevilla como referente estético y de clase, que se puede ver en las molduras y salientes de diverso tipo (Foto. Incluso, como señal de distinción y peculiaridad en algunos casos se incorpora un torreón, más propio de las arquitecturas de hacienda del Valle del Guadalquivir. En esta misma línea se sitúa el fenómeno de remarcar la entrada de las grandes dehesas, cuando dan a una carretera, con portadas bien visibles, en algunos casos con profusión de arcos junto a las cancelas, y elementos propios de construcciones de habitación, como ventanas o tejadillos o faroles. No falta tampoco el azulejo, el nombre de la finca tras la palabra dehesa e incluso el hierro de la ganadería. Como vemos, la dimensión expresiva se sobrepone a la instrumental o funcional, que es mínima.

En los cortijos se suelen dar nuevos usos a las antiguas dependencias que existían para el ganado, el grano o la habitación de los trabajadores, y es en muchos casos junto a ellas donde se colocan nuevas infraestructuras, salvo que haya interés en ser utilizadas fundamentalmente como segunda residencia, en cuyo caso los usos productivos o más molestos se alejan de este centro. Las básculas, mangadas, embarcaderos e incluso alguna pequeña plaza para tiente de reses pueden verse en

muchos casos como nuevas construcciones. Por las distintas cercas de las fincas proliferan también nuevas estructuras muebles metálicas, como los comederos para el ganado.

Si al hablar de cultura de la dehesa se nos viene a la mente en primer lugar todo el conjunto de producciones que tienen una plasmación material, cual es el caso del patrimonio arquitectónico que hemos enunciado, la tecnología y aperos más específicos, así como las formas de vida, tradiciones y prácticas más singulares, es necesario destacar que una cuestión central y crucial al hablar de cultura de la dehesa es la que tiene que ver con el conocimiento y la praxis en el manejo del medio, de toda la estructura ideática que ha soportado una complejísima arquitectura ecosistémica, de toda esa elaboración vernácula a partir de las condiciones locales. Gran parte de esa cultura así considerada ha desaparecido y ha sido sustituida por conocimiento, técnicas e insumos exógenos que aunque han sido recreados en alguna medida a partir del saber local esto ha sucedido en relativamente poca medida. No obstante, la dehesa constituye un mundo, un paisaje y un canon de manejo, incluso estético, y un patrimonio arquitectónico muy específicos, siendo un agroecosistema de gran valor agronómico, ecológico y social.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, R. 2001. *La dehesa*. En R. Acosta, S. Amaya y A.L. Díaz **Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía**. Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía. Monesterio. pp. 45-413.
- ACOSTA, R. 2002. **Los entramados de la diversidad. Antropología Social de la dehesa**. Diputación de Badajoz. Badajoz.
- AGUDO, J. y HERNÁNDEZ, E. 2000. *Serranos y campiñeses. Imágenes dicotómicas desde el territorio y la historia*. **Demófilo**, nº 36. Pag. 57-74.
- CAMPOS, P., RODRÍGUEZ, Y. y CAPARRÓS, A. 2001. *Towards the dehesa total income accounting: Theory and operative Monfrague studie cases*. En **Investigación Agraria: Sistemas y recursos forestales, Monográfico 2001**, nº 1. **Forest lands new economic accouting: theories and applications**. pp. 43-67.
- COCA, A. 2001. *La actividad corchera en Andalucía: Orígenes, problemáticas y alternativas de futuro*. **Plantando. Revista de Cultura agrícola y ecológica de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche**. Vol. 4 y 5. pp.
- CONSEJERÍA DE MEDIDIO AMBIENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA. 2002. **La dehesa**.  
[http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/paisaje\\_ecosistemas/dehesa.htm](http://www.juntadeandalucia.es/medioambiente/paisaje_ecosistemas/dehesa.htm)
- DÍAZ AGUILAR, A. L. 2001. *Las tierras calmas*. En R. Acosta, S. Amaya y A. L. Díaz **Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía**. Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía. Monesterio. pp.415-546.
- DÍAZ DEL MORAL, J. 1929. **Historia de las agitaciones campesinas andaluzas**. Revista de Derecho privado. Madrid.
- HERNÁNDEZ, E. 1998. **Una arquitectura para la dehesa: El Real de la Jara**. Diputación Provincial de Sevilla. Sevilla.
- HERNÁNDEZ, E. 1999. *La arquitectura olvidada: chozas, cuadras, pajares, tinahones, zahúrdas y cobertizos en la Sierra Norte*. **Demófilo**, nº 31. 1999. p. 81-93.
- MORENO VALERO, M. *Vida pastoril en Los Pedroches*. El Folklore Andaluz. Nº 5. 1990. p.155-168.
- PALENZUELA, P. 2001. *Caza, pesca y recolección en las economías domésticas de los jornaleros andaluces*". En S. Rodríguez (coord.) **Proyecto Andalucía. Serie Antropología, VI**. pp. 228-244. Publicaciones Comunitarias. 2001.
- PARRA, F. **La dehesa y el olivar**. 1988. Debate/Círculo. Madrid.
- PARRA, J. 1992. **Estudio agroecológico de El Real de la Jara (Sevilla)**. ISECT-ETSIAM. Universidad de Córdoba (inédito).
- QUINTERO, V. 2001. **Las matanzas. Viejas y nuevas estrategias domésticas**. Diputación de Huelva. Huelva.
- SAN MIGUEL, A. 1994. **La dehesa española: origen, tipología, características y gestión**. ETSIM-Fundación Conde del Valle de Salazar. Madrid.
- TALEGO, F. 1996. *El "hambre de tierras en Aroche" y su reflejo en la explotación de La Contienda (1920-1980)*. En **Actas de las I Jornadas transfronterizas sobre la**

**contienda hispano-portuguesa (Tomo I). Biblioteca de Estudios Arochenos, nº 5.**  
Escuela Taller de Aroche. Aroche (Huelva). pp. 159-187.

VILLA, A., HERNÁNDEZ DE LA OBRA, J. y MOLINA, F. 2003. **Dehesas de Sierra Reserva de la biosfera.** Junta de Andalucía. Consejería de Medio Ambiente.

FOTOS

Matorral,

Cultivo

Quejigo

Ruinas de majada.

Chozo

Dibujo de chozo

Cochino ibérico

Vaca retinta

Cabra

Cochinera,

Cortijo

Entrada a cortijo

Alcornoque

Descorchaores

Palomar

Apero

Caza, los monteros

Arroyo

Pared de piedra

Camping cochinos

Cartel de Parque natural

Las dehesas de sierra Morena 424.400 Has, pg 20

Cocederos, molinos

Romerías encinas.

Razas autóctonas oveja, cabra y vaca.

Eucaliptales andévalo